AÑO XXVIII
Número 1.383
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 4 de Mayo de 1938

1.º de Mayo

Palabras de PABLO IGLESIAS en las horas trágicas de Cavite

El triunfo de los que mejor hubiesen sabido perseverar

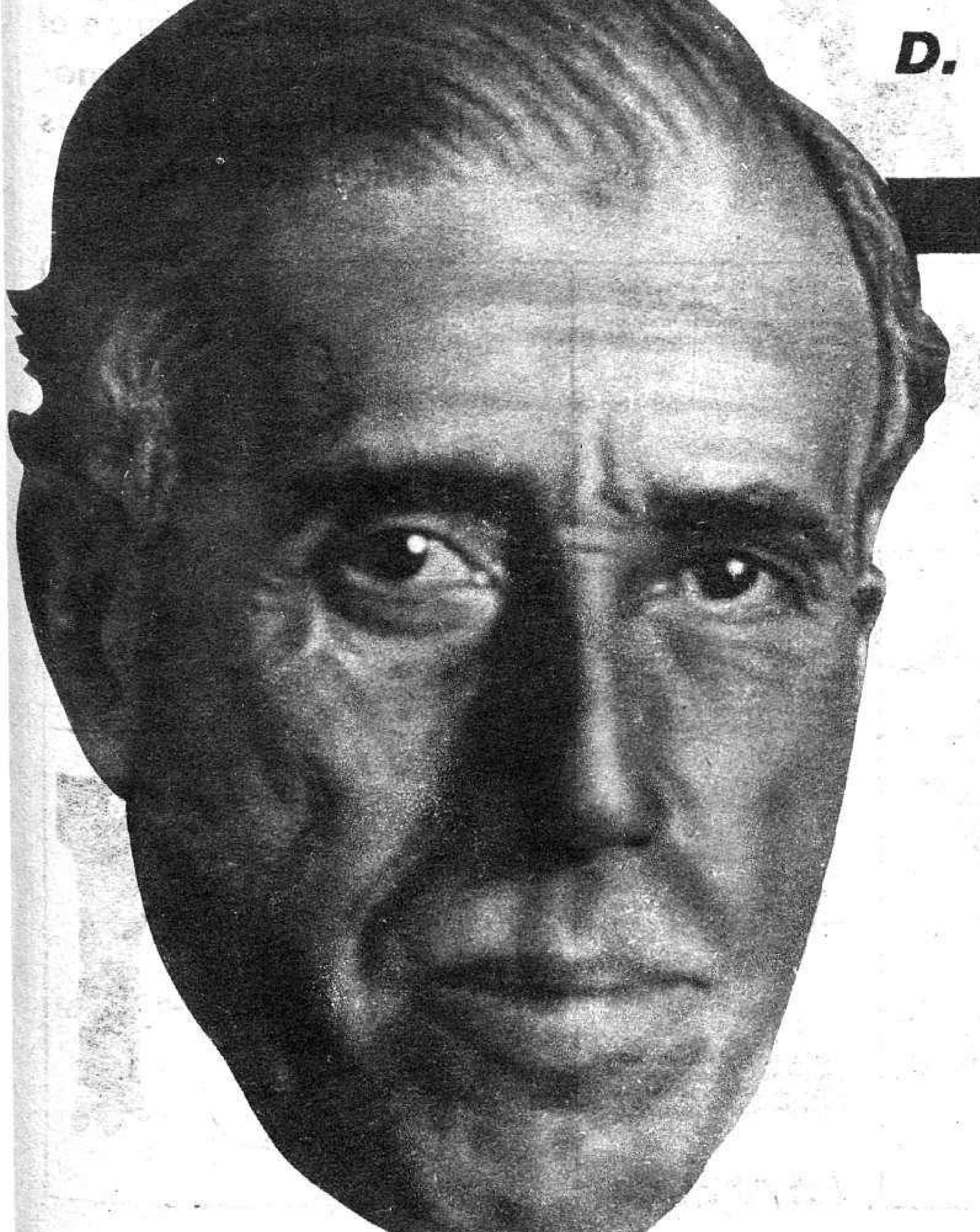
Tres Fiestas del Trabajo en la vida de

D. Julián Besteiro

TAMBIÉN este año, por mandato de la guerra, el Primero de Mayo tiene una celebración silenciosa, sin pausas en el trabajo, sin descanso en la tarea de **fábricas y talleres. Más tenso el esfuerzo, más concentrada la atención**, más fervorosa la labor: ésos, y no otros, pueden ser, bajo esta primavera de sangre, el sentido y la expresión de nuestro Primero de Mayo.

* * *

Este Primero de Mayo, celebrado bajo el signo del dolor, trae al recuerdo otro celebrado también en una hora trágica para España, en una de esas horas que son ya, definitivamente, historia, cruce de caminos, agonía y senda nueva al mismo tiempo, adiós a todo cuanto se hunde



y esperanza—aunque sea una esperanza tejida con lágrimas y sangre—por todo cuanto llega.

Aquel Primero de Mayo fué el de 1898. Como los años anteriores, los socialistas habían organizado sus actos para aquel día. Se celebraría un mitin en el Salón de Variedades. Hablarían en él Largo Caballero, Louro, Morato, Pablo Iglesias.

Pero aquella mañana, los españoles, al enfrentarse con el día, leen en los periódicos, frescos aún de tinta, unas palabras que les llenan de patético estupor. *El País*, por ejemplo, en negritas, en su tercera plana, dice: «Ultima hora. Bombardeo de Cavite. Los yanquis se retiran. Batalla naval.—En las primeras horas de la mañana llega a esta Redacción un gravísimo rumor: la escuadra yanqui ha forzado la entrada de la bahía de Manila...»

Y al día siguiente, aquel diario comienza con un artículo al que titula: «¡Nos han vencido!» Y en otro lugar, reacciona y dice: «Nuestros marinos no han sido vencidos; han sido asesinados. Han sabido morir como buenos españoles...»

Y así, bajo esta gran pesadumbre de nuestra tragedia colonial, celebran los socialistas su mitin en el Salón de Variedades. Es un ambiente tenso y febril de dolor y de pasión. Hablan los oradores. Por sus palabras pasa, inévitablemente, la sombra del drama. Pablo Iglesias hace un discurso muy breve. Combate dura-

mente a los gobernantes, a los que culpa de la catástrofe. Marca, una vez más, su oposición a la guerra, ya de antes manifestada desde las columnas de *El Socialista*. Y sus palabras finales son: «... No os dejéis arrastrar por manifestaciones patrioteras promovidas por los capitanes Araña. Afirmemos, por último, nuestra solidaridad de proletarios españoles con los proletarios yanquis, porque los obreros de todos los países no tenemos más que un enemigo común, que es el que especula con nuestra sangre para su lucro...»

* * *

Otro Primero de Mayo interesante fué el de 1902. El año anterior se había producido la primera escisión seria en el Partido Socialista, porque algunos no estaban conformes con el plan pacífico de lucha que seguía el socialismo español.

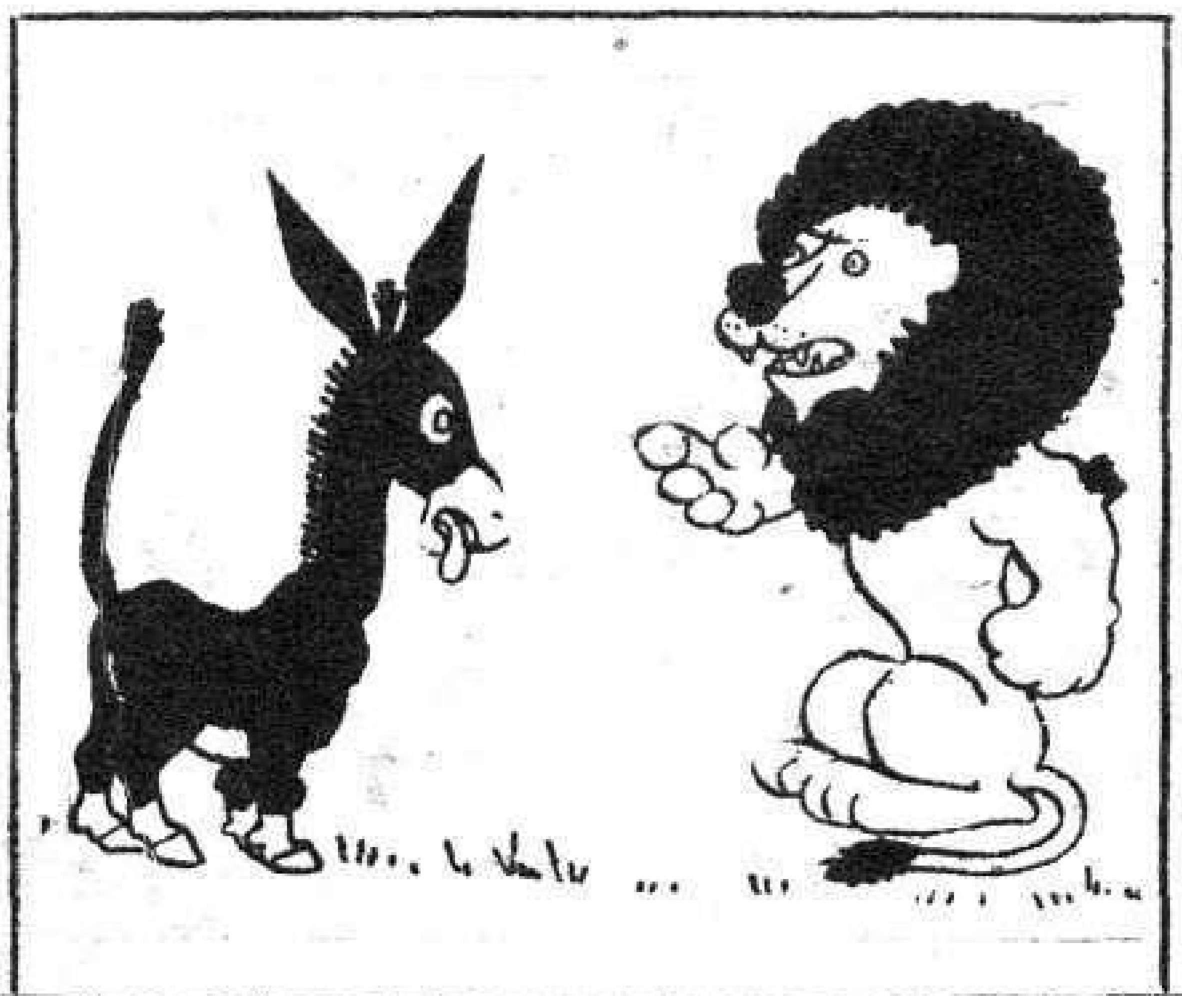
Mas Pablo Iglesias, alma y guía del Partido, ídolo de las muchedumbres proletarias en aquella España de comienzos de siglo, no se desviaba de sus normas de conducta política. Y en el mitin de 1902 dijo: «Los socialistas no hacen desplantes contra los curas, ni piden que quemen conventos a sus correligionarios, porque para destruir algo hay que darle en el corazón y no producirle un daño que, una vez curado, le beneficie. Por nada ni por nadie saldremos de nuestro plan evolutivo de desgaste, seguros de que al final el triunfo no será de quienes más hayan gritado, sino de aquellos que con más ahinco hayan sabido perseverar».

* * *

En estos días, las miradas españolas vienen volviéndose hacia la gran figura de don Julián Besteiro, que se acusa en el horizonte de la vida nacional con su perfil señero—serenidad, humanidad, equilibrio, inteligencia—de siempre. Ante este Primero de Mayo, lleno de más profundo sentido bajo la contienda, ante el pensamiento de don Julián Besteiro habrán desfilado otras Fiestas del Trabajo por él vividas y celebradas en horas hondas de su vida. Así, por ejemplo, aquel Primero de Mayo de 1912, cuando en la manifestación figuró por primera vez el equipo de intelectuales marxistas de la Escuela Nueva: el propio Besteiro, junto a Núñez de Arenas, Palacios, Posada, Fernando de los Ríos, Cabrera, Verdes Montenegro... Y la Fiesta del Trabajo de seis años más tarde, cuando don Julián —con Anguiano, Largo Caballero y Saborit, todos recién salidos de la prisión—presidió la manifestación, primera que se celebraba después de los sucesos de 1917. Un ancho clamor popular acompañaba el paso de los nuevos diputados, que saltaban de la celda carcelaria al escaño del Parlamento. Y todavía, en la vida de don Julián, un tercer Primero de Mayo: el de 1931, apenas nacida la República, cuando una esperanza fervorosa abría ante las multitudes del trabajo una senda de realizaciones fecundas.

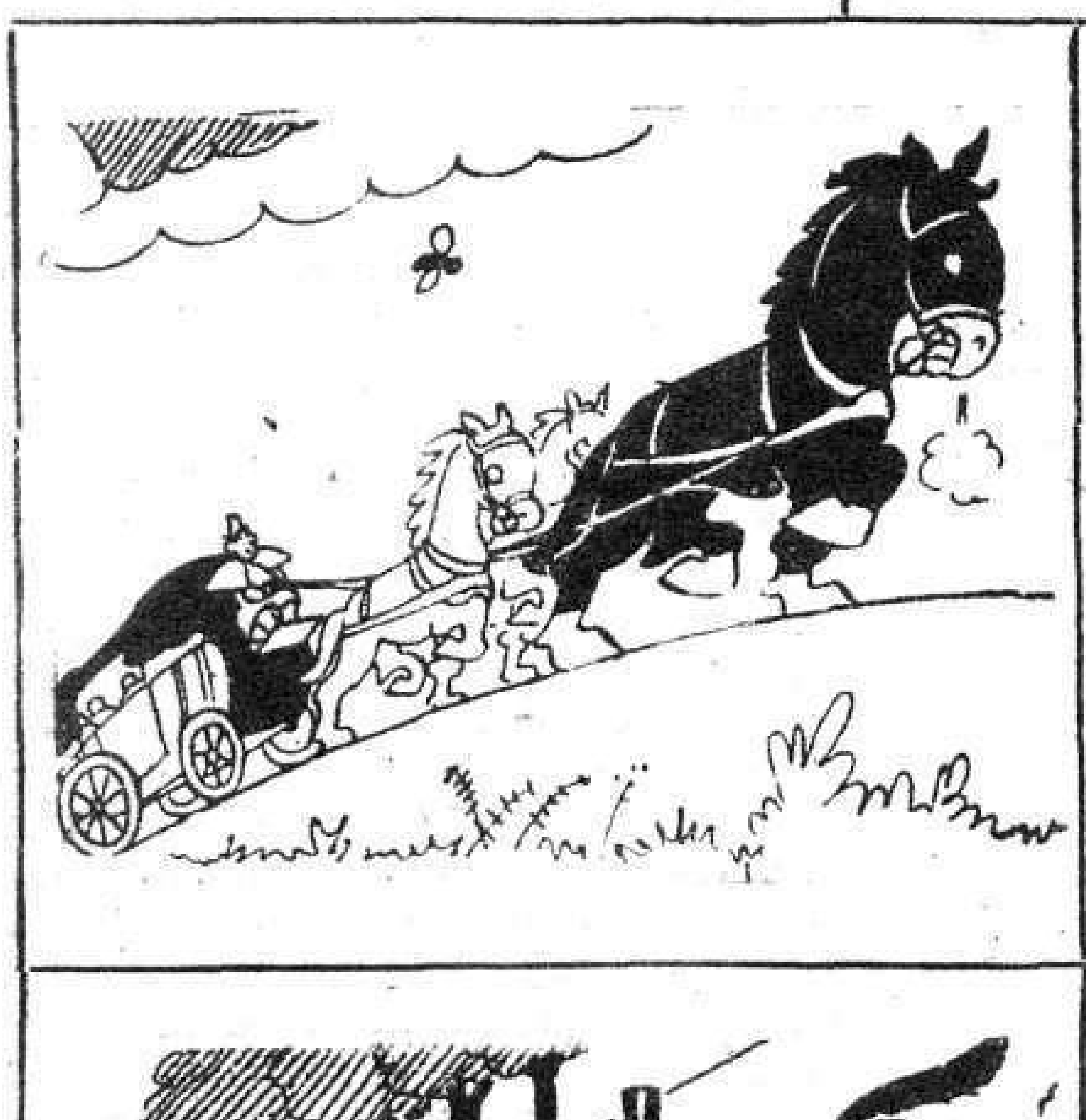
Las tres fechas—cada una con un hondo significado sentimental y político—habrán sido, seguramente, recordadas por don Julián Besteiro este nuevo Primero de Mayo, bajo la guerra, en su cuarto de trabajo, ante los libros de Filosofía, que continúan planteando al hombre de hoy las inquietudes eternas.

Si La Fontaine *viviese hoy...*



... y contemplase cuanto hay de egoísmo, de injusticia y de claudicación en el panorama internacional, sus fábulas hubiesen sido así:

El león: —¿Me tomas por uno de esos jefes de Gobierno que toleran la violación de los principios de autoridad?



← La mosca del coche: —¡Nada de aminorar la actividad! ¡Basta de leyes absurdas que limiten la duración del trabajo!

El lobo (en sus relaciones con la cigüeña): —Querida mía: tienes exigencias desconcertantes, que desorganizarán la economía. →

← El lobo (en sus relaciones con el cordero): —¿Dónde iríamos a parar si se tolerara el menor atentado a la propiedad?

El zorro: —¡Es bueno dar una lección a esos materialistas sórdidos, que creen tener derecho al queso! →

(Dibujos de Dubosc, en «Le Canard Enchaine», de París.)

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

XIX

En los hospitales de sangre

Tóxicos

OTRA vez en Berlín Ana María Lesser. Es ya 1918. La inquietud y la intensidad de estos tiempos últimos han quebrantado grandemente la salud y la belleza de esta mujer extraordinaria. Pero tiene aún en su rostro una poderosa fascinación, un extraño encanto, al que difícilmente puede substraerse nadie.

Lleva una vida rara, solitaria y febril. Apenas nadie logra verla durante el día. Al atardecer, cuando empiezan a encenderse las luces de la ciudad, aparece en su despacho del Servicio de Información. Viene de sus habitaciones del interior del piso, con paso lento sobre los corredores alfombrados; en la mirada, una luz de lejanía. Se sienta ante la mesa, trabaja, consulta papeles, hace anotaciones. Los ojos se le van encendiendo con una luz nueva. El cerebro trabaja febrilmente. Es la obra de la morfina y la cocaína.

Come muy poco. Un poco de pan tostado, con caviar, y sólo de tarde en tarde algo más, que Matthesius logra de ella a fuerza de ruegos. Bebe, en cambio, mucho: grandes vasos de fuerte vino de Borgoña, que añaden nuevos brillos a sus ojos relampagueantes.

En este estado de excitación artificial trabaja, bajo el gran silencio de la noche. Recibe a las agentes, transmite órdenes, redacta planes. Una calenturienta actividad llena sus horas hasta que el nuevo día dibuja tras los ventanales del despacho una claridad azulenca.

El Mando alemán necesita información

Se preparan ya, en los escenarios de la guerra, los combates decisivos, en este cuarto año de lucha. La ofensiva alemana de la primavera de 1918 ha sido muy eficaz, y plantea ante el Mando germánico una interrogación: ¿Dónde y cómo van a reponerse los Ejércitos franceses del golpe recibido? ¿De qué fuerzas disponen ahora para sus nuevos movimientos? ¿Dónde se apoyarán para intentar su indudable y fuerte ataque? Todo ello determina ante el Mando alemán una serie de problemas, a los que es preciso dar urgente respuesta. Es necesario conocer por dónde va a atacar el enemigo, para poder movilizar rápidamente las fuerzas y debilitar el golpe. Claro es que se reciben informaciones de los agentes que trabajan. Pero tardan mucho, son intermitentes e incompletas, y no permiten dar aún una respuesta plenamente satisfactoria a los deseos del Mando militar alemán.

Matthesius conoce perfectamente la importancia de todo esto. Y una noche penetra en el despacho de Ana María Lesser y habla con ella durante un buen rato. Los ojos de la mujer brillan apasionadamente. Después, los dos se despiden, como tantas otras veces, con un fuerte apretón de manos.

—Buena suerte, Ana María.

Al día siguiente, *Mademoiselle Doctor* marcha de Berlín.

Una expedición a los hospitales de sangre

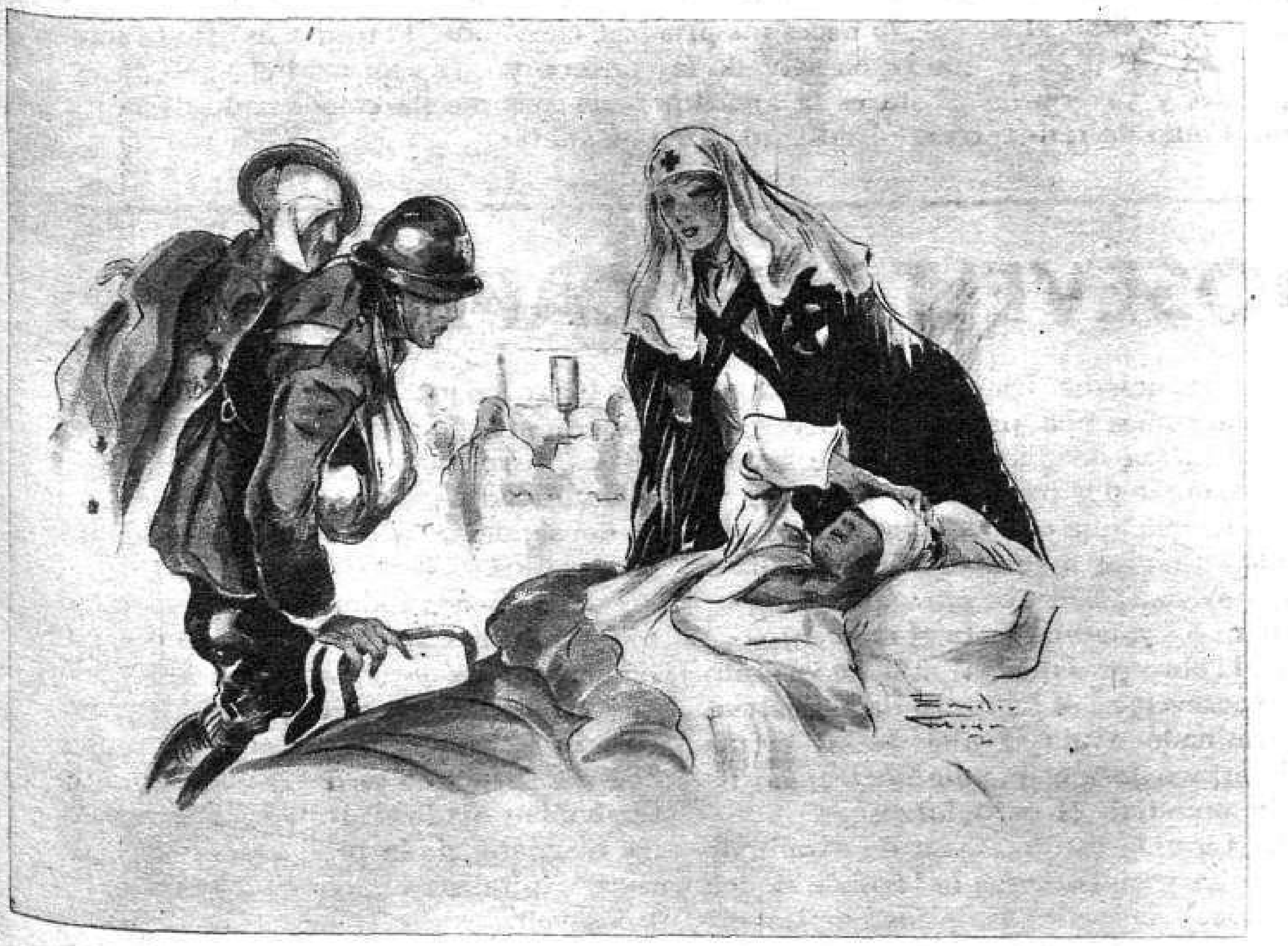
Y unos días más tarde está en Barcelona. Todos sus documentos acreditan que es la esposa de un rico «estanciero» sudamericano. Viene, impulsada por su ferviente sentido humanitario, a ponerse a las órdenes de la Cruz Roja Internacional. Trae, además, desde su país, grandes sumas de dinero para ayudar a paliar los inmensos daños de la guerra.

Hace visitas, entabla relaciones, expone propósitos. Todo ello con un espíritu desinteresado y humanitario, con el afán generoso de atenuar en lo posible los rigores de la lucha. En unión de dos señoras de la Cruz Roja Española gestiona y consigue que esta Institución organice una expedición para visitar los hospitales de campaña del frente francés. Hay que buscar, después, permisos e influencias. Todo en regla, la expedición se pone en marcha. Con Ana María Lesser van otras siete señoras. Llevan, en varios camiones, víveres, ropas, regalos, recuerdos que puedan ser una ofrenda sentimental ante los ojos y el ánimo de los soldados que están en los hospitales del frente.

«Mademoiselle Doctor», enfermera

La caravana recorre la línea de combate. Las ocho damas españolas dejan tras de su paso una huella fervorosa de simpatía. Saben tener ante los heridos gestos bellos, y a veces, en horas de aglomeración y de intensidad, llegan a actuar de enfermeras, ayudando a los médicos en los momentos difíciles por el número de heridos que afluyen. Los oficiales franceses las reciben y acompañan con toda gentileza. Ana María Lesser, observadora, femenina, pregunta y pregunta, incansablemente. Ve movimientos de tropas, concentraciones, emplazamientos de artillería, transportes, preparativos. Claro es que no llegan a los puntos más avanzados del frente, cuya visita sería peligrosa. Quedan siempre a unos dos kilómetros de los primeros puestos de sangre. Pero la zona recorrida sirve perfectamente a los propósitos de esta mujer en su último gran golpe.

Ya en la última parte del viaje, la expedición llega a un pequeño hospital instalado en la región trágica del Marne. Lleva el nombre de Sainte Marie de Notre Coeur. Médicos, enfermeras y oficiales reciben a las visitantes muy afectuosamente. Pero de pronto han de dejar de atenderlas. Empiezan a llegar heridos en gran número. Los alemanes han realizado un ataque muy fuerte sobre un punto cercano.



Todo el hospital se pone en movimiento. Las ocho mujeres se ofrecen para auxiliar a los heridos, y su oferta es acogida inmediatamente.

—En seguida...—dice el médico jefe—. No hay tiempo que perder. Pónganse las batas. Pueden ustedes ayudarnos mucho.

Ana María, como sus otras compañeras de viaje, se viste la bata de enfermera.

En una gran tienda de campaña que hay inmediata al hospital se han preparado apresuradamente unas cuantas camas más, en espera de los heridos.

—Cuidará usted—dicen a Ana María— de los heridos que vayan trasladando desde la mesa de operaciones a las camas de fuera.

En el próximo número:

XX

EL HERIDO

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Una heroína

A pesar de todas las fuerzas de represión desencadenadas en el territorio faccioso, la tan decantada paz social que los invasores se esfuerzan en asegurar no pasa de ser un mito. El pueblo, en la zona fascista, habrá podido ser vencido, pero no convencido, y no obstante las persecuciones y el dominio terrible de las armas, aún quedan en la España esclavizada fermentos inextinguibles de rebeldía que ningún despotismo podrá aniquilar. No sólo en Asturias, donde hay heroicos mineros que, desperdigados por las montañas, tienen todavía en jaque a las patrullas invasoras, sino también en Andalucía y Extremadura, a pesar de que allí fué donde primero las fuerzas de la reacción lograron aherrojar al pueblo, existen todavía hombres que no se han resignado a la esclavitud y llevan muchos meses luchando solos, como formidables guerrilleros de la Libertad, contra las fuerzas facciosas. ¿Cómo pueden sostenerse en las sierras de Andalucía la baja, en las montañas y aldeas de Extremadura estos hermanos, acosados por una vigilancia tenaz, perseguidos hasta el exterminio, sentenciados a bárbaros castigos?

Indudablemente, por la solidaridad callada de millares de hermanos que, aparentemente sometidos a la fuerza, están con su corazón a nuestro lado, y sólo esperan una ocasión propicia para exteriorizar sus sentimientos.

Yo he sido testigo de uno de estos ejemplos admirables de heroísmo, y también de esa solidaridad que en la zona facciosa se exterioriza en simpatía y ayuda a cuantos luchan contra los invasores.

En los últimos días de Febrero pasado estaba con mi batallón en las avanzadas de uno de los frentes en el sector de Extremadura. Una noche, prestando servicio de parapeto, los escuchas dieron la señal de alarma. Nos previnimos para evitar cualquier sorpresa; pero no hubo lugar a que se emplearan las armas.

La alarma era debida a la presencia de un fugitivo del campo faccioso en nuestras líneas.

Impulsados por la curiosidad, rodeamos al evadido. Era un hombre como de cuarenta años, que presentaba en su rostro y en sus ropas señales de agotamiento y de miseria. Para llegar a nuestras líneas había tenido que cruzar a nado, de noche y con una temperatura crudísima, el río próximo, y luego, dar un gran rodeo por el monte.

Venía aspeado, sangrando los pies descalzos, y apenas podía hablar. Le asistieron en el puesto de socorro, y fué llevado al puesto de Mando.

Había entrado en la trinchera por nuestro puesto, y yo asistí a su declaración. No traía documento alguno. Como de tantos otros evadidos, había que fiarse en sus propias palabras, en espera de encontrar a ellas comprobación por algún paisano o conocido de nuestro campo.

El evadido era andaluz, de tierras de Cádiz. Desde que estalló la sublevación se había lanzado al campo, y había estado con otros compañeros por las sierras de Arcos, Grazalema y Ubrique, formando parte de unas guerrillas que habían dado mucho que hacer a los fascistas. Poco a poco, acosados, perseguidos, se habían ido desperdigando. Unos habían podido ganar en los primeros tiempos el campo de Gibraltar; otros se habían refugiado en las capitales u ocultados en pueblos donde poco a poco habían sido descubiertos y bárbaramente castigados. De la primitiva guerrilla del evadido sólo quedaron otro compañero y él, que lógraron pasar a Extremadura, demasiado tarde para llegar a nuestro lado. El compañero murió en el encuentro con una patrulla fascista. Y este otro estuvo durante meses por las sierras, durmiendo entre breñas, buscando cobijos en chozas de pastores, alimentándose de raices.

Hubiera sucumbido a esta vida si un día cerca de (y dijo el nombre de un pueblecito extremeño) no hubiese encontrado cuando llegó, depauperado, enfermo, el socorro de una heroica mujer, una vieja que vivía en una casuca cerca de un molino abandonado, casi destruído. Aquella mujer le había salvado la vida, arriesgando la propia. Escondió al perseguido en el granero en ruinas, le asistió, sirviéndole de médico, de enfermera, de madre, hasta recobrar la salud; sacrificó por él su mísera comida, su pan... La heroica mujer tenía un hijo, el único, un obrero del campo que al estallar la guerra se enroló de miliciano, y del que no había vuelto a saber. Mirada al principio con recelo por los fascistas, la habían dejado, al fin, tranquila, y vivía en la mayor pobreza de su corralillo, y haciendo cargas de leña en el monte. Durante varias semanas había escondido al fugitivo, y, al fin, cuando ya estaba repuesto, ella misma, durante dos días con sus noches, lo había conducido por las sierras, para que no se extraviase, hasta cerca de nuestras líneas.

—Si no hubiera habido que cruzar el río, ella también se hubiera venido conmigo. Así tendríais una prueba de que es absolutamente verdad lo que digo.

Y en este instante ocurrió uno de esos lances emocionantes que no parecen realidad. Nuestro teniente (su nombre no sería discreto publicarlo) se acercó al evadido, le estrechó en un gran abrazo y le dijo con voz conmovida:

—No necesitas pruebas, camarada. Porque a esa santa mujer que te ha salvado la conozco yo. ¡Es mi madre!

Esta es la anécdota que más me ha emocionado de la guerra».—Epifanio Rufo García».

Dinero para la guerra

ROOSEVELT Y EL CAPITALISMO

El presidente de los Estados Unidos se dispone a dar otra batalla al capitalismo de su país, ordenando un nuevo impuesto sobre la renta. Y otra vez, naturalmente, tropieza con la hostilidad de los poderosos norteamericanos.

Roosevelt, al asumir la suprema magistratura de los Estados Unidos, se prometió a sí mismo y a sus conciudadanos encontrar la fórmula para acabar con la gigantesca crisis económica de su país.

El optimismo presidencial es contagioso.

Los yanquis tienen una fácil impresionabilidad de niños; pasan rápidamente del júbilo loco de los años de esplendor al desatado pánico que produce las catástrofes financieras. En ellos, sin embargo, las reacciones son prontas, y tienen la virtud-fuerza de pueblo joven de saberse apasionar por todas las novedades.

Roosevelt, que conoce a su pueblo, no tardó en lanzar a su afán sensacionalista una novedad, es decir, el regalo más grato para un yanqui. Hasta el momento actual, la obra presidencial más importante de Roosevelt es el Estatuto de Industria, encaminado a atajar una de las lacras más graves de la economía norteamericana y mundial: el paro forzoso.

La fórmula de Roosevelt de disminuir a treinta y cinco horas la jornada de los obreros, a cuarenta la de los empleados, y rebajar los jornales mínimos y los sueldos con arreglo a los censos de las poblaciones, tuvo una inmediata consecuencia: la necesidad de aumentar el personal, con la consiguiente disminución de la cifra de parados.

Los pequeños industriales, comerciantes y patronos aceptaron el aumentar el número de sus obreros y empleados como una especie de sacrificio patriótico. Los obreros se resignaron también a renunciar a los tipos de jornal que sus Sindicatos habían fijado. Pero la gran industria, los magnates de la producción, el gigantesco capitalismo yanqui, se puso contra Roosevelt.

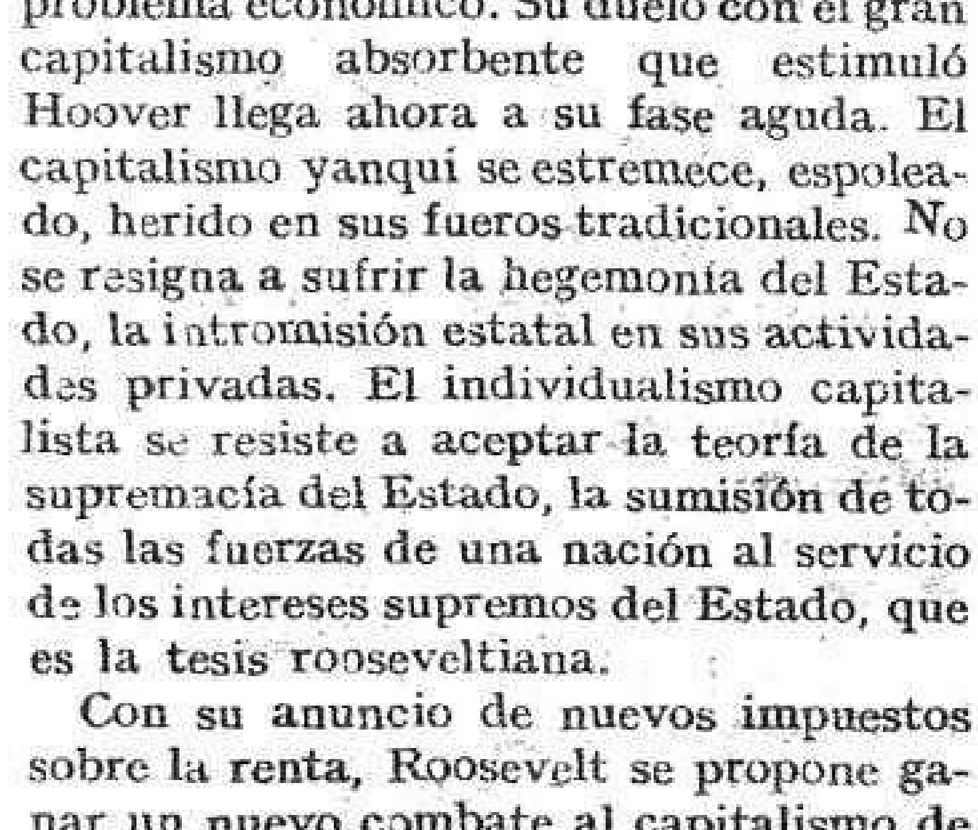
En esta rebeldía no había sólo un cálculo de defensa egoísta, sino también un rencor envidioso de fracasados. Porque los colosos del dólar habían tenido también su «fórmula», su «novedad» para resolver la crisis económica. Ellos habían ideado, al contrario que Roosevelt, elevar los jornales y los sueldos, como una forma de aumentar la capacidad adquisitiva de los obreros y empleados.

Unicamente ganando mucho podía cada trabajador comprar un automóvil. Fórmula simplista destinada al fracaso, porque encerraba la producción en este círculo vicioso: a más coste de producción, mayor carestía y, por consiguiente, disminución del poder adquisitivo, seguida de la saturación de los mercados, el agotamiento del crédito, la superproducción y la crisis.

Venció de momento la tesis presidencial, con la hostilidad latente de los capitalistas. Estos obstaculizaron cuanto pudieron el plan, y al disminuir la producción, vino una reducción considerable de los ingresos del Estado. El capitalismo consideraba suya la victoria. Y entonces Roosevelt, para devolver la estocada, empezó a lanzar sus iniciativas fiscales: aumento de los impuestos sobre el capital, nuevos gravámenes sobre las rentas. El Estado no puede sufrir lesión, ni ver disminuir sus recursos. Y ha de obtenerlos de quien los tiene. En este caso, el capital y las rentas, porque el trabajo, en crisis, no puede ni debe soportar más tributos.

Roosevelt afronta así gallardamente el problema económico. Su duelo con el gran capitalismo absorbente que estimuló Hoover llega ahora a su fase aguda. El capitalismo yanqui se estremece, espoleado, herido en sus fueros tradicionales. No se resigna a sufrir la hegemonía del Estado, la intromisión estatal en sus actividades privadas. El individualismo capitalista se resiste a aceptar la teoría de la supremacía del Estado, la sumisión de todas las fuerzas de una nación al servicio de los intereses supremos del Estado, que es la tesis rooseveltiana.

Con su anuncio de nuevos impuestos sobre la renta, Roosevelt se propone ganar un nuevo combate al capitalismo de su país. Lo ganará, de seguro, porque Roosevelt, agudo psicólogo, al mismo tiempo que los nuevos impuestos, anuncia que han de gastarse ingentes sumas en activar el rearme aéreo y naval de los Estados Unidos. No fallará el recurso, porque únicamente para eso, para gastarlo en armas, y con la esperanza de otra guerra manantial de oro para sus cajas, dan con gusto su dinero los magnates del dólar.



ESPAÑA ante GINEBRA otra vez

¿Durará mucho todavía la Sociedad de Naciones?

El café que descubrieron Briand y Stressemann

DE STHENDAL A LENIN

UNA vez más, como tantas otras, mira el mundo hacia Ginebra en estos días primeros de Mayo. Esa mirada es en algunos, todavía, de esperanza y de fe; pero en los más es ya de incredulidad y de desencanto.

Los rumbos de la Sociedad de Naciones plantean ante el mundo una pregunta que ha hallado ya expresión en muchos: ¿Durará aún mucho tiempo esta institución que se fundó para amparar la paz, y que, sin embargo, ha visto nacer y vivir guerras cuyas últimas consecuencias no son aún previsibles? Y, no obstante, todo allí, en Ginebra, en el gran palacio nuevo de la Sociedad de Naciones, parece hecho para la permanencia, para la vida duradera y sólida, como si una existencia larga estuviese reservada al gran organismo. En el salón de la Asamblea pueden caber dos mil personas. Salas que podrían llamarse secundarias tienen cabida para unos centenares de personas. La Secretaría—un gigantesco zumbido de colmena—tiene más de cuatrocientas oficinas. Hay imprenta propia. Y la biblioteca puede contener hasta dos millones de volúmenes. Todo ello lujoso, sólido, perfecto, como si hubiese de servir para mucho tiempo, como si nunca hubiera de llegarse a formular esa interrogación que ahora asoma al pensamiento de tantos: ¿Podrá durar mucho tiempo todavía la Sociedad de Naciones?

* * *

Ginebra ha sido señalada, por su historia y por su tradición, como un ejemplo de lo que pueden significar las fuerzas morales cuando no se dispone de grandes ejércitos ni de cañones poderosos. Hogar de Calvino y de la Reforma, refugio de los hugonotes en el siglo XVI, lugar de nacimiento de Rousseau, residencia de Voltaire al ser desterrado de la corte de Federico *el Grande*, todo en Ginebra acusa un acento de independencia intelectual, de libertad del espíritu. Y ese acento ha querido persistir hasta hoy.

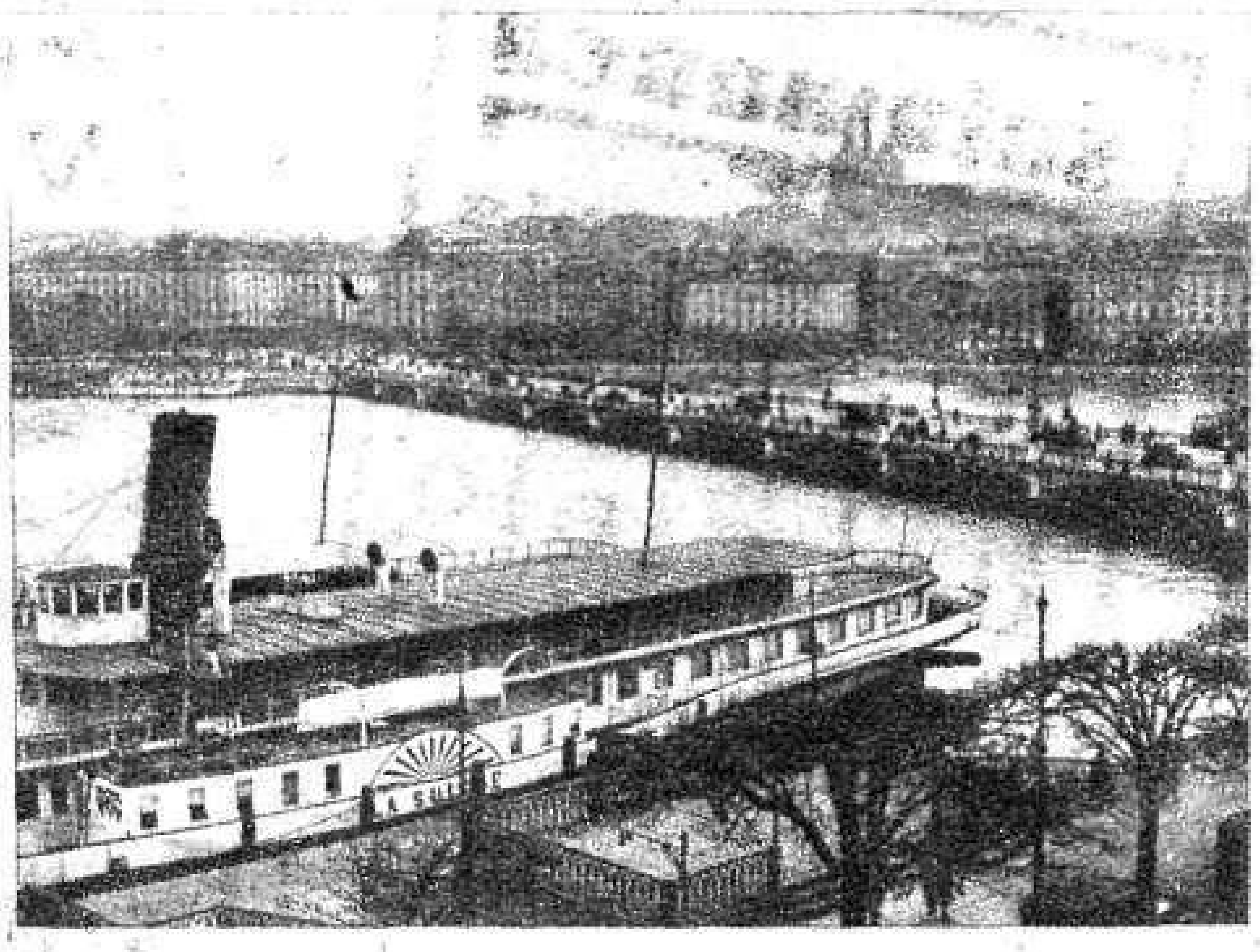
* * *

Hace tres años, los ginebrinos celebraron, frente a la estatua de la Reforma, el cuarto centenario de la fundación de su República. Recordaron entonces el hecho de que en aquel tiempo, mientras otros pueblos se dedicaban a pintar cuadros, a construir catedrales, a establecer y extender el comercio, a descubrir nuevos continentes, los ginebrinos sostenían en alto la bandera de la libertad, luchando apasionadamente en nombre de ella.

Claro es que en aquel canto a la Libertad, los ginebrinos no citaron las normas de rigor y de austeridad que Calvino impuso en la vida de sus ciudadanos. Así, un peluquero fué encarcelado un día por haber hecho demasiado hermoso a uno de sus clientes. A todo hombre que fuese encontrado en la calle jurando «sin necesidad» se le hacía descubrirse, «arrodillarse en el lugar de su ofensa, juntar las manos y besar la tierra». Estaba prohibido el uso de sedas o de calcetines bordados, y se castigaba con prisión el empleo de cadenas de plata o de oro como adorno personal. Los anfitriones debían recordar a sus invitados que estuviesen en sus casas «después del sonido de trompeta del reloj o del tañido de la campanilla que indicaba las nueve en punto de la noche».

* * *

Naturalmente, esto era sólo en los días de Calvino, de quien se dice que «encontró a Ginebra como un jardín de cerveza, y la dejó convertida en una sumisa escuela de piedad». Hoy, los hombres de



Una vista general de Ginebra

todo el mundo que pasan por la ciudad son lo bastante prudentes para no estar ni dentro de la primera parte ni de la segunda de aquella frase sobre Ginebra. Esta no es una inmensa fuente de cerveza; pero tiene una vida noctura en su Maxim, en su Moulin Rouge y en su Brasserie Bavaria. (Descubrieron este largo y estrecho café Briand y Stressemann en 1927, cuando continuaban soñando con una paz duradera, y los graves delegados de todos los países pueden tomar allí, hasta las horas más avanzadas de la noche, cerveza alemana y caracoles franceses).

* * *

Toda Ginebra es un cortejo imponente de viejas sombras ilustres. Milton, Adam Smith, Rousseau... Después, Ruskin, Balzac, Lamartine, Sthendal, Chateaubriand, Saint Beuve. Rusia estuvo representada por Dostoievsky, que allí escribió parte de su *Crimen y Castigo;* Italia, por el libertador Mazzini, que residió durante cuatro años en un pequeño hotel ginebrino, y por el otro libertador, Garibaldi, que asistió a la Conferencia de la Paz de 1867. Allí, también, Lenin, que trabajaba en los sueños de redención social que más tarde había de llevar a su Rusia.

Espectáculos de la semana

CHUECA

TODOS LOS DIAS

SAN JUAN...

¡ERES EL MAS GRANDE!

¡DOS HORAS DE RISA!

Exito de toda la Compañía

DURRUTI

Grandioso éxito de formidable film

DIAS DE SOL

Variétés por Teresita Díaz, Carmen López, Juan Jiménez Reyes, Jesús Ramírez, Begoña la Bilbainita y

JULITA OLIVER

AVENIDA

2.ª SEMANA

de la formidable superproducción

El despertar de una nación

Un sueño de patria ideal, plasmado en una gran película METRO-GOLDWYN-MAYER

por Walter Huston y Franchot Tone

OLIMPIA

LOS MISTERIOS DEL BARRIO CHINO

JUEVES:

MARES DE CHINA

ELCANO

Lunes y martes:

SOY UN FUGITIVO

Miércoles y jueves:

EL HIJO DEL CARNAVAL

Viernes-sábado-domingo:

MADRE QUERIDA

salamanca

ANNABELLA y JEAN MURAT en

Tripulantes del cielo

Maravillosa gesta de la «gloriosa» francesa en la Gran Guerra

MONUMENTAL

LA GRANDIOSA SUPERPRODUCCIÓN ESPAÑOLA

NUESTRO CULPABLE

por RICARDO NÚÑEZ y CHARITO LEONÍS

calatravas

Grandioso éxito de la formidable película

Noches de París

Genial creación de

CONCHITA MONTENEGRO

Palacio de la Música

3.ª semana triunfal de la superproducción en español

Catalina

Creación insuperable de la deliciosa ingenua

FRANCISKA GAAL

pardiñas

el Mesón del Pato Rojo

un grandioso espectáculo

el Mesón del Pato Rojo

pardiñas

TIVOLI

EXITO EXTRAORDINARIO del gran film soviético en español

LA ULTIMA NOCHE

BILBAO

3.ª SEMANA

Suzy

por Jean HARLOW, Franchot TONE, Cary GRANT y Lewis STONE

CAPITOL

Magnolia

Deliciosa comedia musical

Protagonista:

IRENE DUNNE

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA

Del lunes 2 al domingo 8 de Mayo de 1938

TEATROS

(Intervenidos por el Estado)

ASCASO.—Malvaloca.

BARRAL.—Se rifa un hombre.

CALDERON.—Variedades 1938, con Guillén, Cepero, María Arias, Moreno, Las Parry Sixters, Ramper, etc.

COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!

CHUECA.—San Juan..., ¡eres el más grande!

ESLAVA.—Usted es mi hombre.

ESPAÑOL.—Fuenteovejuna.

FUENCARRAL.—La chula de Pontevedra.

GARCIA LORCA (antes Popular);—¡Que me la traigan!

JOAQUIN DICENTA.—¡Ole con ole!

LARA.—Un tío con tragaderas.

LATINA.—Consuelo la Trianera.

LOPE DE VEGA (antes Alkázar);—¡Qué más da!

MARAVILLAS.—La Niña de la Mancha.

MARTIN.—Las hay... frívolas.

PARDIÑAS.—El Mesón del Pato Rojo.

PAVON.—A la orden de la República, Mi puesto está en las trincheras, La evasión de los flamencos y Consejo de guerra.

PROGRESO.—La madre.

VARIEDADES (antes García Lorca.)—Formidable programa de *variétés*. Quince atracciones: Pastora Imperio, La Yankee, Castex, Niña de los Peines, etc.

CINEMATÓGRAFOS

(Intervenidos por el Estado)

ACTUALIDADES.—Segunda semana Popéye.

ASTUR.—El malvado Zaaroff. Jueves: Titanes del cielo.

AVENIDA.—El despertar de una nación. (Segunda semana.)

BARCELO.—Compás de espera.

BELLAS ARTES.—Puerto nuevo. Jueves; La vida futura.

BENAVENTE.—El doble crimen de la Universidad. Jueves: El brindis de la muerte.

BILBAO.—Suzy. (Tercera semana.)

CALATRAVAS.—Noches de París.

CAPITOL.—Magnolia.

CARRETAS.—El asesino invisible.

CHAMBERI.—La margotón del batallón. Jueves: La última avanzada.

DORE.—El misterio del arlequín. Jueves: La amenaza pública.

DOS DE MAYO.—Billie, dos veces hijo. Jueves: El expreso de Shanghai.

DURRUTI.—Días de sol y *variétés* por Teresita Díaz, Carmen López, Juan Jiménez Reyes, Jesús Ramírez, Begoña la Bilbainita y Julita Oliver.

ELCANO.—Soy un fugitivo. Miércoles: El hijo del Carnaval. Viernes: Madre querida.

FIGARO.—Nuevas aventuras de Tarzán.

FLOR.—El buque de los misterios. Jueves: Casino de París.

GENOVA.—Su señoría se divierte. Jueves: El hombre que sabía demasiado.

GONG.—Vampiresas 1936.

GOYA.—La mascota. Jueves: Es el amor.

HOLLYWOOD.—Asesinato en la terraza. Jueves: Sor Angélica.

MADRID-PARIS.—Juanita. (Segunda semana.)

METROPOLITANO.—Un pionero alemán. Jueves: El último pagano.

MONUMENTAL.—Nuestro culpable.

OLIMPIA.—Los misterios del Barrio Chino. Jueves: Mares de China.

PADILLA.—¿Quién me quiere a mí? Jueves: Prisionero del odio.

PALACIO DE LA MUSICA.—Catalina. (Tercera semana.)

PANORAMA.—Una noche en la Opera y *variétés* por Hermanas Piquer, Margarita Giménez y Gloria de Madrid.

PLEYEL.—Una Carmen rubia. Jueves: El bailarín y el trabajador.

PRENSA.—Farsas de la vida.

PROYECCIONES.—Entre esposa y secretaria y *variétés* por Aurorita Brizard, Estrella Macarena, Nelly-Romero, Hermanas Nerinas y Sepepe.

RIALTO.—El billete premiado y *variétés* por Mary Ely, Maruja Pereira, Los Piters, Manolo el de Badajoz y el Americano.

ROYALTY.—El refugio. Jueves: Un par de gitanos. (Stand-Laurel y Oliver Hardy.)

SALAMANCA.—La tripulación del cielo.

TETUAN.—¡Centinela, alerta! Miércoles Una aventura en la nieve. Viernes: Había una vez dos héroes.

TIVOLI.—La última noche.

La obra del S. R. I.

CASAS DE REPOSO PARA OBREROS

El dinamismo del Socorro Rojo Internacional en su obra de solidaridad con el pueblo antifascista es infatigable.

Quizá a ninguna otra se deban como a esta benemérita organización tantas iniciativas generosas, tantas tareas cumplidas, tantas obras en marcha, de felices resultados y probada eficacia.

En estos días, el Comité Provincial del Socorro Rojo ha inaugurado en Madrid una Casa de Reposo, destinada a los obreros de las industrias de guerra.

Un hotel amplio, soleado, con emplazamiento en zona ventilada e higiénica; estancias claras, silencio reparador, tónico para el cuerpo fatigado en las rudas tareas y para el espíritu acuciado por la tensión dramática de la guerra. Un nuevo hogar para salud y recreo de los combatientes, que no otra cosa que beneméritos combatientes, héroes cívicos, anónimos, ejemplares, son los hombres que merecerían ser acogidos en esa Casa de Reposo. Su ingreso en ella, su residencia en la cordialidad del nuevo hogar, será prueba de que han sabido cumplir magníficamente con sus deberes proletarios, llegando a quebrantar sus energías, a necesitar un justo descanso.

Se ha hablado mucho, y con razón, de las retaguardias perezosas, de la indiferencia, del «no enterarse» o «no querer enterarse» de los sacrificios que la guerra exige a todos. Se han dado, ciertamente, casos de negligencia, de insolidaridad, de absentismo. No han faltado exhortaciones para sacudir perezas, y reproches para los egoístas, los comodones y los neutros.

Pero por eso mismo, y como un contraste de justicia y de fervor, hay que resaltar y exaltar cuando se producen—y, por fortuna, se producen pródigamente—estos magníficos ejemplos de nuestra retaguardia: los de los hombres, auténticos trabajadores, que por propio impulso, en un noble afán de superación, rinden su trabajo hasta el agotamiento, sin miras egoístas ni límites de jornda, con una heroísmo silente parejo en grandeza al del soldado que da su vida en el campo de batalla.

Para estos trabajadores abnegados que en las industrias de guerra prodigan sin tasa sus energías es la Casa de Reposo inaugurada por el Socorro Rojo; serán otros hogares semejantes que, a su ejemplo, habrán de establecerse en la España republicana.

No es nunca redundancia ni perogrullada repetir en esta hora que la guerra se hace y se gana igual en las trincheras que en los talleres, en los campos y en los laboratorios. Esa fué quizá la mejor, la única enseñanza fecunda de la guerra europea, que hizo exclamar, extrañado, a Ludendorff: «Nunca creí que una guerra pudiera decidirse de otro modo que por la suerte de las armas». Porque la Alemania imperialista, que había ganado tantas batallas en los frentes, perdió la última en su retaguardia y, con ella, la guerra. El no pensar que la guerra pudiera hacerse y ganarse más que con las armas, y no con el trabajo, con la producción, con el sostenimiento de la moral y del fervor en la retaguardia, hundió en el fracaso la megalomanía kaiseriana.

Nuestra guerra, desde que fué impuesta al pueblo, y el pueblo la tomó por suya como el único recurso para la defensa de su libertad, está fundada, tanto como en el heroísmo del Ejército nacido del pueblo, en el trabajo, en la moral, en el fervor con que el pueblo siente y defiende su causa. Por eso nadie se puede sentir ajeno a la lucha; por eso nadie puede sobrestimar la propia colaboración, ni creerla innecesaria. Nuestra guerra se hace en las trincheras; pero a la par, y con idéntica eficacia, en los frentes de trabajo.

Así, por esta evolución fecunda del concepto del trabajo, el héroe de la tarea, el que en el taller y en la fábrica y en el campo rinde sus energías, derrocha su esfuerzo, labora hasta el agotamiento, tiene derecho al mismo cuidado, a idéntico homenaje máximo, al mismo premio de respeto y admiración que el héroe que en la trinchera, cara al enemigo, gana una cruenta batalla.

Por esto, pues, además de una prueba de generosa solidaridad, de una asistencia necesaria, de una recompensa justa, estas Casas de Reposo, donde los obreros podrán reparar sus desgastes físicos, recuperar sus energías para volver a emplearlas a fondo en los lugares de producción, tienen un significado simbólico de homenaje, de gratitud. El certificado de estancia durante unos días o unas semanas en estas Casas de Reposo debe prestigiar a un obrero tanto como: una condecoración el pecho de un soldado.

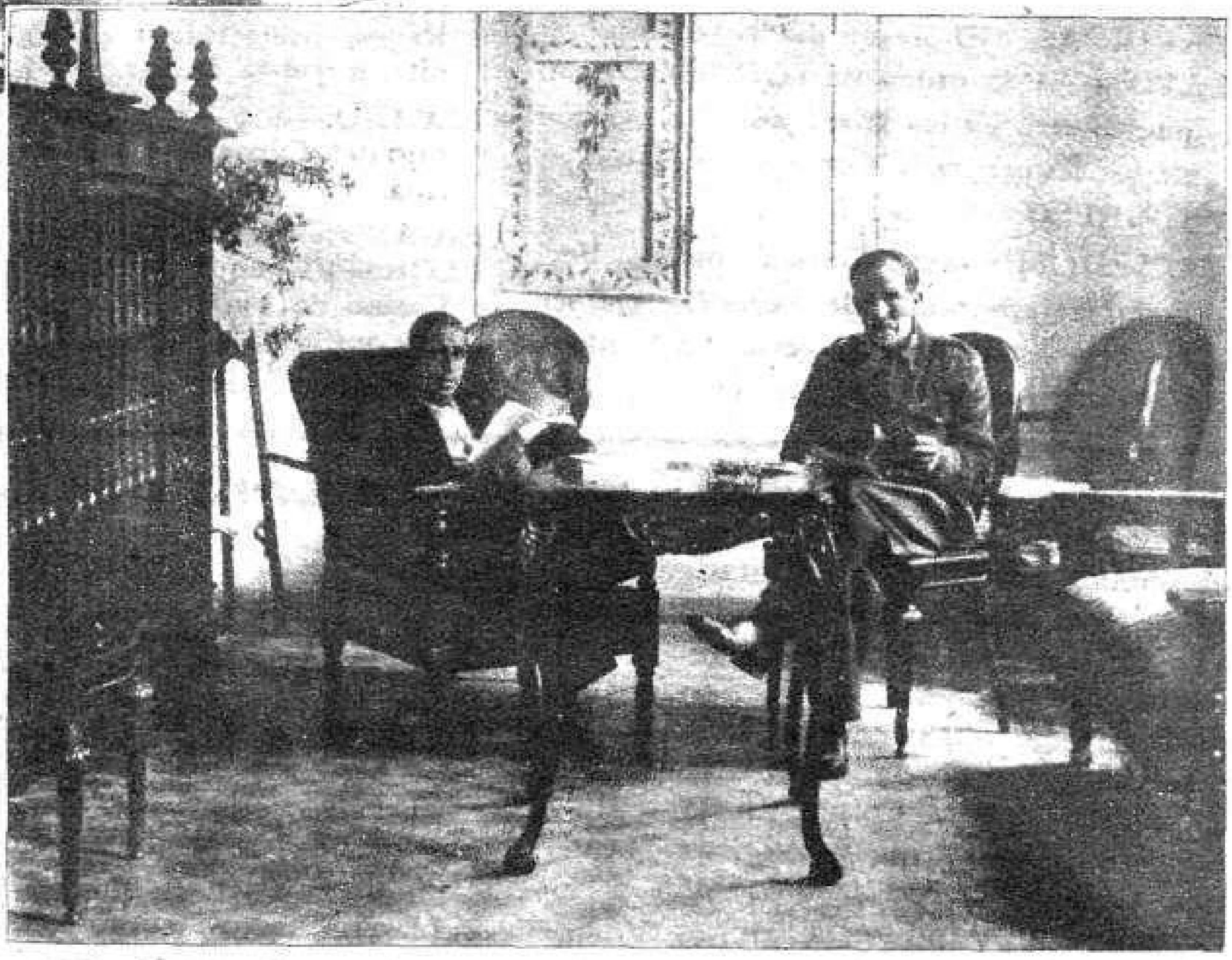
Una Casa de Reposo para los obreros de las industrias de guerra

La entrada a la Casa de Reposo que el S. R. I. destina a los obreros de las industrias de guerra

(Véase la información en el interior del número)

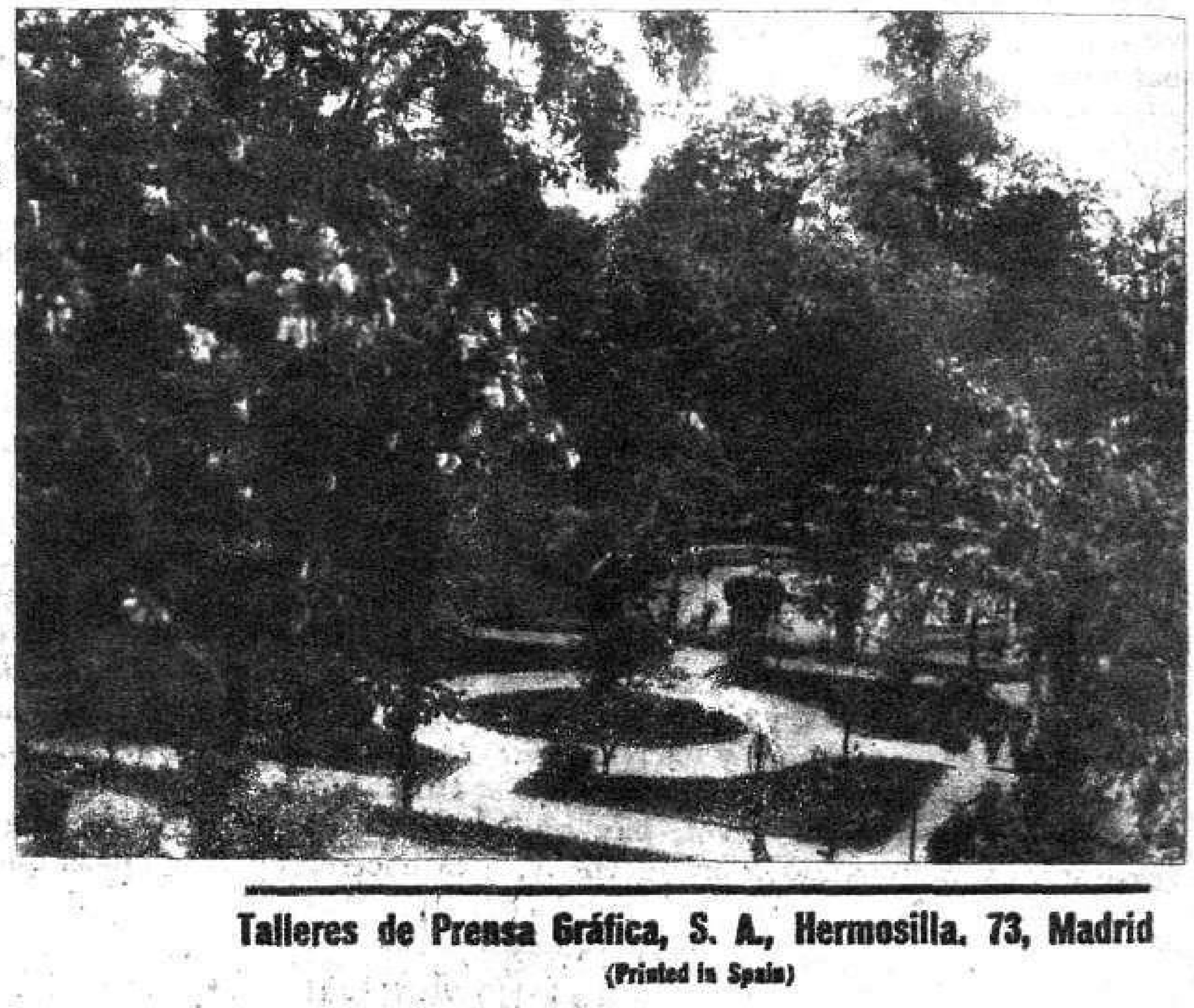
Un dormitorio de la Casa de Reposo del S. R. I.

(Fots. Videa)



↑ Dos obreros de nuestras industrias de guerra en una de las estancias de esta nueva Casa de Reposo

Al aire libre y al sol, en este jardín, los obreros podrán reponerse del quebranto de su labor de guerra ↓



Uno de los comedores de la residencia para los obreros que trabajan en las industrias militares

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid

(Printed in Spain)